



CLAUDIA ROJAS MIRA: *Las Moradas del exilio. La Casa de Chile en México (1973-1993)*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana, 2023.

El exilio, el destierro o la expulsión forzada de individuos y colectividades concretas ha sido una de las más frecuentes vulneraciones de los derechos humanos en América Latina ya desde la época colonial y, con mayor intensidad, a partir del periodo de las emancipaciones. Es un fenómeno transnacional que, visto desde la larga duración, ha dado lugar a constantes dramas y traumas entre las sociedades del continente hasta, prácticamente, la actualidad.

En *Las Moradas del exilio*, la profesora Claudia Fedora Rojas Mira propone un estudio aparentemente de caso (el del exilio chileno en México a partir del golpe militar del 11 de septiembre de 1973), pero de vocación mucho más extensa y situando la problemática de los desterrados de Chile por causas políticas en el contexto de inestabilidad y violencia de todo el Cono Sur durante la Guerra Fría. Es casi un ejercicio de “microhistoria” que sirve para reflejar una realidad mucho más compleja y con nexos entre diferentes experiencias exílicas que confluyeron en México, país de acogida y asilo por excelencia en el mundo iberoamericano contemporáneo. Asimismo, desarrolla todo el devenir de La Casa de Chile, no sólo como la principal (y única) institución del exilio chileno en México, sino como un verdadero refugio para los compatriotas desterrados hasta el punto de funcionar como un “Consulado oficioso” del Chile exiliado¹. Para poder comprender la relevancia de esta institución a lo largo de sus veinte años de existencia, Claudia Rojas ha dividido su monografía en dos partes bien diferenciadas, con dos extensos y magníficos capítulos cada una de ellas.

Así, en la primera parte de la monografía, la profesora Rojas se detiene en la realidad del fenómeno exílico en el contexto latinoamericano. Para poder desarrollar en la segunda parte toda la realidad sociocultural y política de La Casa de Chile, este

¹ Debe tenerse en cuenta que el gobierno mexicano, bajo la presidencia en 1973 de Luis Echeverría, rompió relaciones diplomáticas con la dictadura de Pinochet en noviembre de 1974. Hasta el momento de la cancelación, la Embajada de México en Chile recibió una importante cantidad de solicitudes de asilo que aceptó sin vacilaciones.

primer paso es fundamental, puesto que en los dos primeros capítulos se plantean las dificultades del destierro chileno a partir de septiembre de 1973 y cómo México, por sus fuertes vínculos con el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, se mostró especialmente proclive a recibir a los exiliados. Aquí cobra una especial relevancia la propia política del presidente mexicano Luis Echeverría (1970-1976) quien, durante su sexenio, se presentó ante la comunidad internacional como el principal recuperador del discurso social y progresista que había atesorado Lázaro Cárdenas durante su propio gobierno (1934-1940). La táctica de Echeverría se basó, de manera similar a lo que hizo el propio Cárdenas, en marcar distancia con respecto al poderoso vecino del Norte, Estados Unidos, al tiempo que México se mantenía en la órbita de los países “no alineados” durante la Guerra Fría. Esto, empero, no restó relevancia al hecho de que el presidente Echeverría estuvo muy interesado en ofrecer una imagen de Estado sensible a los derechos humanos, máxime cuando él arrastraba una cuestionable fama tras la matanza de la plaza Tlatelolco en 1968, siendo Secretario de Gobernación² durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz.

Sea como fuere, y estrategias políticas aparte, el compromiso de Luis Echeverría y su esposa, María Esther Zuno, con la causa del gobierno de la Unidad Popular y con el presidente Salvador Allende y su familia trascendía los límites de la cordialidad diplomática. México y Chile habían profundizado en sus relaciones en el periodo 1970-1973 y entre ambos matrimonios se había desarrollado una muy sincera y cordial amistad. Esto, unido al atractivo que había suscitado el proyecto izquierdista y de “revolución desde la legalidad” de Allende en Chile, terminó de cerrar el círculo virtuoso entre ambas jefaturas de Estado que, a partir de septiembre de 1973, condicionó la decidida respuesta de México hacia los desterrados y expulsados chilenos y, por consiguiente, contra el régimen de la Junta Militar presidida por Augusto Pinochet. En este sentido, Claudia Rojas tampoco deja de hacer constar, tanto en la primera parte de su trabajo como en la segunda, que las políticas de asilo y migratorias de México siempre estuvieron condicionadas por una Constitución y una ley migratoria selectivas y, en cierto sentido, restrictivas, lo que dificultó la estabilidad laboral y económica de buena parte del exilio chileno. Del mismo modo, y viviendo una situación de “angustia” ya conocida, por ejemplo, en el exilio republicano español, la imposibilidad de participar en asuntos políticos en México³ hizo que el exilio chileno, profundamente comprometido y claramente ideologizado, hubiera de buscar otros medios por los que reconfigurar sus espacios de sociabilidad y cultura política. La Casa de Chile fue, indudablemente, el medio en el que los exiliados pudieron continuar defendiendo su acción política de oposición a la dictadura.

² Cargo equivalente al ministro de Interior en España o Chile.

³ Así queda patente en el artículo 33 de la Constitución federal de los Estados Unidos de México de 1917, por el que “los extranjeros no podrán, de ninguna manera, inmiscuirse en los asuntos políticos del país”.

Precisamente, en la segunda parte de la monografía, correspondiente a los dos últimos capítulos, Claudia Rojas profundiza en la trepidante acción política, social y cultural de La Casa de Chile en México. La importancia de esta institución (más allá de su firme compromiso para con los derechos humanos, la difusión de la cultura chilena desde el destierro y la posibilidad de servir de organismo de ayuda social a los exiliados) tuvo que ver con su papel como agente oficioso de la democracia chilena aplastada tras el cruento golpe de septiembre de 1973. De este modo, los órganos rectores y profesionales de la institución se basaron en un reparto equitativo de cargos atendiendo a la presencia de los principales partidos políticos de la extinta Unidad Popular, como el Partido Socialista, el Partido Comunista, el Partido Radical, la Izquierda Cristiana o el MAPU⁴. A La Casa de Chile se incorporaron también militantes del MIR⁵, por lo que el exilio aglutinó, en realidad, al conjunto de la oposición a la dictadura de Pinochet, si bien la convivencia en el seno de la institución no estuvo exenta de tensiones y discusiones entre todas estas fuerzas políticas.

Cabe destacar, en este sentido, que la relación política más fluida entre La Casa de Chile y el gobierno mexicano dependió, en gran medida, de la buena sintonía entre los políticos chilenos del Partido Radical y el del propio partido del gobierno de Echeverría, el PRI⁶. Esto se debió a la confluencia de ideologías muy próximas (caracterizadas, sobre todo, por la defensa de un Estado laico, un fuerte anticlericalismo y, en sus postulados más intelectuales, el valor humanista y radical de propuestas políticas progresistas y, al mismo tiempo, alejadas del marxismo); por otro lado, durante la experiencia del exilio chileno, hubo que mantener posiciones alejadas con respecto, por ejemplo, a la vía revolucionaria que se planteaba desde la Cuba de Fidel Castro y que, tradicionalmente, había sido aplaudida por partidos de la UP como el Partido Socialista o el propio Partido Comunista. El distanciamiento pragmático (aun en un México que mantenía relaciones con Cuba) fue necesario para no menoscabar la ayuda institucional y económica (sobre todo) de los gobiernos mexicanos hacia La Casa de Chile.

Este distanciamiento estuvo unido, de manera paralela, a la reformulación de las culturas políticas de la izquierda chilena. El exilio chileno contribuyó a que los partidos de la extinta Unidad Popular mirasen hacia nuevas propuestas programáticas en Occidente y también en la órbita pro-soviética. Así, el Partido Socialista en el exilio se interesó en la socialdemocracia escandinava (sobre todo en la sueca de Olof Palme) y también en la de la Europa occidental (casos del SPD

⁴ Movimiento de Acción Popular Unitario. En La Casa de Chile también hubo integrantes del MAPU-Obrero Campesino, una escisión del primero.

⁵ Movimiento de Izquierda Revolucionaria, la principal fuerza política que apostaba por la llegada del socialismo mediante la vía armada, con clara inspiración en la Revolución Cubana y los movimientos guerrilleros latinoamericanos de los años sesenta.

⁶ Partido Revolucionario Institucional.

alemán o el PSOE renovado de Felipe González, en España, particularmente a partir de la victoria socialista en 1982), mientras que el Partido Comunista se interesó particularmente en los postulados del eurocomunismo defendido por el PCI en Italia o el PCE en España. En paralelo, la caída del bloque soviético y las revoluciones cívicas en Europa Oriental aceleraron la reconfiguración del comunismo chileno, condicionado también por su desilusión en sus propias experiencias exílicas en países como la Rumanía de Ceaușescu, por ejemplo.

Los vínculos ideológico-políticos con el México de los presidentes Echeverría y, en menor medida, Portillo, La Madrid y Salinas de Gortari, por una parte, y con los partidos socialistas y comunistas de la Europa y América del final de la Guerra Fría, por otra, hizo que los chilenos de La Casa de Chile pudieran redefinir y actualizar sus propuestas de país y sociedad más allá del final de la dictadura de Pinochet. No obstante, el gran valor de la institución del exilio chileno en México se basó, como retrata magistralmente la profesora Rojas, en ser el principal “altavoz” de denuncia internacional contra el régimen militar de Pinochet. El aislamiento y las denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos ocurridas en el contexto de la dictadura chilena no hubieran sido posibles de no ser, según Claudia Rojas, por la enorme actividad y dinamismo de La Casa de Chile. Su relevancia social y política, en este sentido, queda fuera de toda duda y permite entender cómo el exilio político chileno estuvo tan bien coordinado y organizado más allá de 1973, a pesar de sus innegables dificultades y precariedad.

Por último, al final de la monografía se plantean las diferencias entre la aceptación del exilio chileno en México y las dificultades por las que pasó el exilio argentino para ingresar a este país. Las propias características del peronismo y su deriva autoritaria hasta el golpe de Estado militar de 1976 son los principales escollos y, una vez más, la autora deja claro que la relación previa entre el gobierno de Allende y el de Echeverría había generado un “caldo de cultivo” ideológico y cultural ideal para la solidaridad posterior al golpe en Chile de septiembre de 1973. La afinidad y sensibilidad ideológicas jugó un papel fundamental, cosa que en el caso de Argentina no fue así. Por otro lado, Claudia Rojas deja constancia de la relativa facilidad con que los exiliados chilenos de una “minoría selecta” llegaron a México, a diferencia del enorme contingente de compatriotas que hizo lo propio llegando a Argentina, lo que posteriormente estuvo unido a tensiones con el régimen de la viuda de Perón y la ulterior dictadura militar. Una vez más, la importancia de leer el fenómeno de los destierros en clave transnacional permite a los historiadores reflexionar de manera mucho más satisfactoria sobre este tipo de violación de los derechos humanos.

En definitiva, esta monografía que presenta la historiadora Claudia Rojas Mira se caracteriza por ser una aportación de enorme relevancia para entender cómo el exilio chileno, a pesar de sus propias dificultades y tensiones internas, logró organizarse en México (acogiendo a unos 3.000 chilenos, entre militantes y familias)

y convertirse en el principal eje de oposición a la dictadura de Pinochet hasta iniciado el proceso de transición hacia la democracia en Chile. Es un estudio de caso que, no obstante, permite mantener una visión de conjunto en clave latinoamericana, en un contexto tan convulso como el de la Guerra Fría y haciendo un riguroso y magistral uso tanto de fuentes escritas como de la entrevista y los testimonios orales. Una propuesta fundamental para aproximarse a los exilios, *sensu lato*, del siglo XX con gran profesionalidad y, por otro lado, sensibilidad y empatía hacia los protagonistas de este dramático capítulo de la historia contemporánea de Chile sobre el que vale la pena detenerse.

Jesús Movellán Haro 

Universidad de La Rioja

jesus.movellan@unirioja.es